

SOBRE EL PAPEL DEL ECONOMISTA*

Alonso AGUILAR M.

Comenzaré mi intervención en este acto felicitando a los compañeros que hoy celebran la terminación de su carrera de licenciados en economía de la Universidad Autónoma de Puebla, por haber concluido con éxito la fase más importante de su preparación académica y porque, concientes de que el oficio de economista no es, por cierto, fácil, seguramente dejan la Universidad no en la actitud arrogante de quien cree que todo lo sabe sino convencidos de que, con la ayuda del instrumental científico que han aprendido a manejar, podrán enriquecer sus conocimientos profesionales y ampliar su horizonte cultural. Quisiera, también, agradecer sinceramente la gentil invitación que me hicieron para acompañarlos en esta ceremonia, porque gracias a ella podré conocer personalmente a algunos de ustedes, así como hacer unas breves reflexiones sobre el papel del economista.

¿Cuáles son, en un país como el nuestro, las perspectivas que se abren ante un joven economista que se interese por ejercer su profesión? Lo primero que se ocurre pensar es que las posibilidades de una ocupación plena, estable y satisfactoria son relativamente cada vez menores —aunque en números absolutos aumenta el nivel de empleo—, porque una de las contradicciones más extrañas y graves del capitalismo del subdesarrollo consiste en la incapacidad estructural del sistema para utilizar racionalmente su potencial productivo, o sea los hombres y mujeres aptos para trabajar, los recursos naturales, el capital y la técnica disponibles. Sin que esto signifique, naturalmente, que no existan perspectivas para los jóvenes y en particular para quienes egresan de los centros de estudios superiores con una sólida preparación, lo cierto es que la magnitud y el carácter

* Palabras ante los miembros de la generación 1969-73, de estudiantes de la Escuela de Economía de la Universidad Autónoma de Puebla, con motivo de la terminación de sus estudios de licenciatura.

de los problemas y obstáculos que es preciso afrontar, cambian de acuerdo con el camino que cada quien puede o, acaso más a menudo, se ve obligado a seguir.

Si lo que se persigue, por ejemplo, es el éxito económico fácil y rápido, yo diría que, paradójicamente, lo mejor sería no ejercer la profesión. En México, cuando se ha ido a la Universidad y se vive en cierto medio social no es difícil hacer dinero. En rigor es mucho más difícil decidirse a no hacerlo. Para amasar una fortuna no se requiere talento ni preparación ni títulos o galardones universitarios. Basta pertenecer a la clase en el poder y, sobre todo, tener interés en incorporarse a ella y enriquecerse. Tan no es difícil convertirse en millonario que los hay por millares, todos sabemos de negociantes privados y funcionarios públicos deshonestos y de profesionistas que orgullosamente podrían figurar en el "quién es quién" de los ricos mexicanos. Y pese a que la carrera de Economía es reciente entre nosotros, incluso podríamos recordar a no pocos economistas que, quizás para comprobar aquel concepto elemental que hace de la Economía la ciencia de la riqueza (aunque se supone que colectiva), la han convertido en el dudoso arte del enriquecimiento personal.

Un segundo camino que el economista puede elegir —y que por cierto no riñe con el anterior sino que más bien lo complementa— es el de despojar a su ciencia de lo que tiene de tal y convertirla en mera apologética, en un instrumento ideológico de propaganda y adulación que en vez de utilizarse para penetrar en el examen de una realidad social compleja y ayudar a resolver sus más graves problemas, sirve para hacer carrera, para triunfar y resolver asuntos puramente personales. Esta posición suele adoptar múltiples formas: desde las más burdas como el convertirse en corre-ve-y-dile del gobernador en turno o en "técnico" de un monopolio extranjero, hasta ser funcionario y aun profesor o investigador, pero siempre en la actitud de practicar la Economía como si fuese un pasatiempo, un quehacer inocuo, una técnica "neutra" o incluso un trampolín desde el cual se alcancen jugosos puestos sin comprometerse, por lo menos con la verdad, jamás. La toma de una posición apologética no supone, por fuerza, ostentarse abiertamente y sin recato alguno como defensor de intereses inconfesables. Aunque no pocas veces obliga a ello, caben también los enfoques acríticos, esencialmente pragmáticos y pseudo-objetivos de quienes más que tergiversar la realidad, la soslayan, ignoran lo que les conviene y aún suplantán los hechos y los procesos dinámicos con esquemas simplistas y modelos estáticos divorciados totalmente de las relaciones sociales que interesan a la Economía como ciencia. Según tal posición la Economía no estudia siquiera relaciones entre hombres insertos en clases sociales antagónicas, y menos aún las leyes históricas que las rigen: se ocupa más bien de objetos materiales, de cosas concretas o en el mejor de los casos de relaciones entre

hombres y cosas. Y el capitalismo no es una fase del desarrollo de la sociedad como lo fueron en otros tiempos la esclavitud y el feudalismo, sino una especie de estación terminal, de punto de destino, o al menos un sistema que, pese a no aclararse con certeza cómo, cuándo y dónde nació, está llamado a perpetuarse.

La tercera posibilidad que a mi juicio se ofrece ante los economistas y en general los científicos sociales es el reformismo y la crítica superficial del sistema. El capitalismo aparece en esta perspectiva no como un mundo perfecto ni eterno sino como un orden social que adolece de fallas, pero de fallas que pueden y deben corregirse. ¿Qué hay explotación e injusticia?, pues optemos por un capitalismo que haga de la equidad su principal objetivo y liquide la explotación por antisocial e innecesaria. ¿Qué el monopolio interfiere con el libre juego de los factores económicos y provoca una irracional asignación de los recursos productivos?, pues restablezcamos la libre competencia y aún las libertades políticas que fueron propias de la etapa premonopolista. ¿Qué hay capitalistas que obtienen ganancias desmedidas y ven en el trabajo sólo una mercancía por la que tratan siempre de pagar el menor precio?, pues reiteremos que la ganancia sólo es legítima cuando es "razonable" y declaremos retóricamente que el esfuerzo humano no debe ser objeto de compraventa y menos aún de explotación en el mercado. ¿Qué el nuestro, en fin, es un país dependiente y atrasado?, pues forjemos así sea en nuestros sueños un capitalismo idílico, impulsado por empresarios eficientes, patriotas, dinámicos y nacionalistas, que se enfrenten valientemente a los monopolios internacionales, rescaten las riquezas enajenadas y conviertan la lucha de clases en una hermandad de todos los mexicanos. En resumen: si las cosas no marchan como quisiéramos, olvidémonos de teorías y de complicaciones innecesarias y hagamos las reformas que procedan. Lo que parecería exhibir una posición conforme a la cual, como los obstáculos al desarrollo no son —según tal concepción— estructurales, a las leyes históricas que determinan ciertas situaciones socioeconómicas debiera responderse con las leyes, decretos y reglamentos burocráticos que los gobiernos pueden y deben expedir.

Los caminos señalados hasta aquí no implican una ruptura fundamental con el sistema: comprenden desde la posición conservadora que en el fondo sugiere que todo es punto menos que perfecto, hasta la postura liberal de quienes no estando de acuerdo con la opinión sostienen, a su vez, que todo es perfectible bajo el capitalismo y que nada hay que impida a éste asegurar un desarrollo con justicia social.

Pero hay un cuarto y último, y en un sentido más profundo un segundo camino, que siendo seguramente el más riesgoso y difícil es también el más apasionante y el que en un país como el nuestro puede abrir el cauce de una vida más digna. Consiste éste en comprender que la ciencia, y en particular la Economía no son una patente de corzo o siquiera —como Engels decía alguna vez— una "va-

ca lechera", y en entender que cualquiera que sea la posición en la que un economista se gane la vida, su misión más importante es contribuir a determinar las causas de la dependencia y el atraso, y la de ayudar, a través de la lucha política, a removerlas y a enfrentarse a quienes impiden la plena emancipación y el progreso independiente de nuestros pueblos.

El subdesarrollo no es una etapa a la que siga, en el tiempo, el desarrollo; no es un accidente o una situación transitoria llamada a desaparecer gradualmente en el futuro, ni tampoco una calamidad que los países pobres puedan básicamente atribuir a su mala suerte. El subdesarrollo es el fruto histórico de la explotación y de la forma desigual en que el capitalismo se ha desenvuelto, sobre todo en la fase imperialista, como un capitalismo deforme, contrahecho, dependiente, increíblemente irracional e incapaz de hacer crecer la riqueza social a un ritmo satisfactorio y de asegurar un reparto medianamente equitativo de la misma.

Enfrentarse al subdesarrollo, en consecuencia, no consiste tan sólo en reparar en problemas aislados, así sean graves, ni en realizar reformas parciales, así sean importantes. Consiste en enfrentarse al imperialismo y al capitalismo que lo engendra a partir de una estrategia que, basada en una teoría científica, sea capaz de descubrir las contradicciones fundamentales del proceso socioeconómico y de actuar eficazmente sobre ellas tanto en la etapa de la lucha por el poder como en la fase de consolidación revolucionaria y de tránsito al socialismo.

Y ¿de qué teoría podemos echar mano para fincar esa estrategia, para librarnos del atraso y sentar las bases de una nueva sociedad? La teoría económica burguesa no explica adecuadamente el fenómeno del subdesarrollo ni, menos aún, ofrece soluciones al mismo. En su versión microeconómica más conservadora y deleznable, la teoría convencional individualiza los procesos sociales más complejos, evade los problemas de fondo y sólo repara en el comportamiento subjetivo de empresas e individuos cuyas pautas de conducta —sus gastos, sus placeres y penas, sus decisiones aisladas— condicionan, supuestamente, la dirección en que se desenvuelve el sistema económico. En su versión macroeconómica más moderna y sofisticada, pese a introducir ciertos agregados que amplían el radio del análisis económico tradicional, éste sigue siendo esencialmente estático; las relaciones sociales básicas siguen considerándose como un dato inalterable y la respuesta a los desajustes y contradicciones más graves del sistema no rebasa el ámbito de las medidas monetarias y fiscales, y en general de un reformismo institucional al que fundamentalmente interesa preservar el *statu quo*. El marco en que se mueve la estrategia burguesa del desarrollo en nuestro país, precisamente a estas horas; la forma burocrática y rutinaria en que se atacan problemas tales como el de la inflación, el desempleo, la injusta distribución del ingreso, la extrema concentración

de la tierra y los recursos agrícolas, el déficit creciente de la balanza de pagos y el peligroso y cada vez mayor endeudamiento externo, es la mejor comprobación de que la ciencia social burguesa, que en otros tiempos y otros países abrió una perspectiva de progreso y fue incluso la vanguardia del pensamiento, en nuestros días se ha convertido en un arsenal de fórmulas huecas divorciadas de la realidad histórica y que incluso en sus versiones supuestamente más "puras" constituye una impura mezcla de ideología, seudociencia y recetas empíricas, a menudo desprovistas de todo valor analítico, y que jamás podrán interpretar y menos aún transformar la sociedad en qué vivimos.

El marxismo-leninismo, en cambio, nos da una base científica excelente para liquidar el subdesarrollo e impulsar, como nunca antes, el crecimiento de las fuerzas productivas en otro marco estructural. Pero como la teoría y la práctica son inseparables, sobre todo en la ciencia social, nuestra tarea no consiste en trasladar mecánicamente el pensamiento de los clásicos, en una especie de escolasticismo marxista, sino en forjar creadoramente nuestras propias soluciones. La teoría revolucionaria no se construye en el gabinete, al margen de la lucha social y política. La vía mexicana al socialismo, sin perjuicio de aprender de la experiencia de otros pueblos y otras revoluciones, tendrá que ser la respuesta estratégica que el pueblo mexicano, organizado, conciente de sus problemas y de la viabilidad de sus programas, sea capaz de crear a partir, esencialmente, de sus propias fuerzas.

La tragedia que a estas horas vive el pueblo chileno comprueba en forma dramática que la lucha por un desarrollo nacional independiente es todo menos fácil. En ella se juega nada menos que la libertad, el honor y hasta la vida. Allende y Pinochet no son sólo dos personajes chilenos diferentes: son dos concepciones y dos caminos antagónicos que valen para toda la América Latina. Las opciones son claras y bien definidas. Ustedes, jóvenes economistas, tienen la palabra. O usan su ciencia económica para defender el orden establecido y preservar el capitalismo del subdesarrollo, o la ponen al servicio de la transformación revolucionaria como condición de un genuino desarrollo. Si se convierten en dóciles guardianes intelectuales del sistema de lucro, explotación y violencia que padecemos, la clase en el poder les premiará. Sí, en cambio, concientes de que la Economía Política es una ciencia crítica y en cierto modo aun subversiva, la usan para descubrir la verdad, para contribuir a remover los obstáculos al desarrollo y denunciar al régimen de propiedad privada de los medios de producción como la fuente principal del privilegio y la injusticia, acaso tengan que sufrir un tipo u otro de hostilidad y aún de represión y sólo obtengan, y ello a largo plazo, el reconocimiento de sus conciudadanos.

Frente a disyuntivas tan perentorias y trascendentales no caben los sermones ni los consejos. Ustedes tienen la palabra. Sus actos a

partir de hoy, mejor que cualquier otra cosa, indicarán el camino elegido. Por ello sabremos si están ustedes del lado de la ciencia o de la farsa, con la verdad o con el mito, con la justicia o la explotación, al servicio del privilegio o de la lucha para acabar con él, con el imperialismo o el socialismo. Del lado, en fin, del subdesarrollo o la revolución.